

ves, no eran de tipo espiritual sino más bien las más crudas de las luchas por la subsistencia material —cómo ir tirando en un mundo que carecía de manera crónica de alimento, calor, y salud—. Casos como los dos famosos obispos mencionados son la excepción. No niega Fletcher que hubo sin duda muchos otros individuos con una experiencia espiritual similar, pero por lo general la conversión tenía signo muy distinto de aquella convicción personal a la que sólo se llega con estudio y oración. La misma palabra conversión (*conversio*) era usada poco; su uso, por lo general, indicaba (como lo hace hoy) no el paso del paganismo al cristianismo sino la transición a una forma más seria, sincera y dedicada dentro de la fe. Para muchos de estos pueblos bárbaros la fe, al menos al principio, era algo que «aceptaban» o a lo que se «sometían», es decir, más una operación pasiva que una sincera y sentida conversión individual de mente y corazón. Todo un pueblo podía así aceptar de la noche a la mañana una disposición y conducta más o menos cristiana como parte de la Cristiandad. En más de un caso, observa Fletcher, la adopción del modo cristiano y la consolidación del poder secular iban mano a mano, pero hubo otros «disolventes» del modo antiguo de conducta.

Lejos, sin embargo, de ser una religión para víctimas y gente sin cabeza, con disminuida voluntad y poder de acción, como lo vería el pobre Nietzsche, y muchos otros con él, la cristiandad de la última fase de la edad antigua y de la edad media fue muy consciente del gran atractivo que ella ejercía ante pueblos bárbaros. La fe cristiana traía orden, estabilidad, prosperidad, y una extraordinaria confianza en las promesas de Dios que daba sentido a la historia y al destino de cada pueblo.

Al acabar este largo y fascinante recorrido de la conversión de los pueblos bárbaros, Fletcher puede refutar un viejo prejuicio anticristiano que presenta esos mil años como la edad oscura bajo el poder eclesiástico y tirano de la Iglesia de Roma. Escribe Fletcher: «No se aprecia todavía adecuadamente que la Euro-

pa cristiana en la primera parte de la edad media fue rica y bien administrada. La idea, hace tiempo abandonada por los medievalistas, de que la economía medieval era de alguna manera “primitiva” o “subdesarrollada”, todavía tiene vasta aceptación. Pues bien, esta idea no tiene fundamento alguno y merece decirse así de la manera más enfática que sea posible». La Iglesia cristiana aparece como la auténtica matriz de Europa. El fenómeno del paganismo, con su falta de unión y disciplina, estaba condenado a sucumbir.

Con un estilo ameno, muy apartado de la pedantería académica, Fletcher combina el conocimiento histórico concreto con la visión de conjunto del proceso de cristianización, iluminando la anécdota histórica con su propia intuición de historiador para que podamos contemplar en luz más clara el fenómeno extraordinario de la creación de la civilización y cultura cristiana europea.

A. de Silva

Eudaldo FORMENT, *Id a Tomás. Principios fundamentales del pensamiento de Santo Tomás*, Fundación Gratis Date, Pamplona 1998, 184 pp.

La expresión que da título a esta obra del profesor Eudaldo Forment, de la Universitat de Barcelona, está tomada de la encíclica *Studiorum Ducem*, escrita por Pío XI en 1923. El Papa la acuñó a semejanza del versículo del Éxodo en el que se recomienda a los israelitas «Id a José»; con ella, el pontífice aconsejaba una vez más el estudio del pensamiento de Santo Tomás de Aquino. El autor recuerda que Juan Pablo II en la reciente *Fides et Ratio* se une a la larga serie de orientaciones de la Iglesia sobre el pensamiento del Aquinate (Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI).

Jacques Maritain no dudó en llamar a Tomás «el Apóstol de los tiempos modernos», por su aprecio de la inteligencia. Destaca su doctrina abierta, sin fronteras, que responde a los retos del pensamiento actual. Forment se-

ñala que todas las alabanzas que ha recibido la filosofía tomista no responden al interés de imponer un sistema filosófico en la Iglesia Católica; sus principios son propuestos como seguras normas directivas. Así aparece en las veinticuatro tesis tomistas formuladas en 1914 por la Congregación de Estudios, aunque, como se sabe, se ha discutido mucho sobre la intención de la Sagrada Congregación de Estudios al publicar tales tesis.

El profesor Forment expone el origen de esas tesis y pasa en los siguientes capítulos a la exposición sucinta de las principales aportaciones de Tomás a la filosofía. Resulta interesante la selección de diez tesis que el autor añadiría a las anteriores veinticuatro. Algunas de ellas son: el hombre se siente obligado a aquello a lo que tiende por naturaleza; la contemplación amorosa como complacencia, posesión y diálogo; el ser como principio personificador; el «realismo pensante» que sería la síntesis de su doctrina sobre el conocimiento..., etc.

El libro termina con una breve historia del tomismo en la que se incluyen los diferentes congresos sobre el pensamiento del Aquinate, y es completado con la bibliografía. Este último capítulo consta de dos partes, la primera es una relación de las 118 obras catalogadas de Santo Tomás y en la segunda el autor ha realizado una selección de obras recientes en español inspiradas en el tomismo. En definitiva, estamos ante un libro pequeño y práctico que puede facilitar el acercamiento a Santo Tomás y la investigación de su pensamiento.

A. Azanza Elío

José Ángel GARCÍA CUADRADO, *Domingo Báñez (1528-1604): Introducción a su obra filosófica y teológica*, Cuadernos de Anuario Filosófico («Serie de Filosofía Española», 13), Pamplona 1999, 120 pp.

José Ángel García Cuadrado, Profesor de Filosofía del hombre en la Facultad eclesialística de Filosofía de la Universidad de Navarra,

es un buen conocedor de Domingo de Báñez. Ha investigado con hondura el pensamiento filosófico bañeciano, que es una laguna de la historiografía sobre la filosofía española. De sus investigaciones salió su monografía *La luz del intelecto agente. Estudio desde la metafísica de Báñez* (EUNSA, Pamplona 1998).

En el libro que reseñamos, que se presenta como una Introducción a la obra filosófica y teológica del maestro salmantino de la segunda generación, encontramos mucho más, a mi entender que una mera introducción. García Cuadrado, con un estilo claro y asequible, presenta al lector con profundidad de buen conocedor del tema, una de las figuras de mayor nivel de la Escuela salmantina, que tanta influencia tuvo en el pensamiento y la cultura española y americana del Siglo de Oro.

Domingo Báñez, maestro de Prima de Teología en Salamanca, es conocido sobre todo por su protagonismo en la controversia *de auxiliis* en la que, encabezando la postura de los dominicos, se enfrentó al jesuita Luis de Molina. La controversia fue aguda, adquirió dimensiones universales en el mundo cristiano del momento, exigió repetidas intervenciones de la Sede apostólica y alcanzó una acritud que, al parecer del A., influyeron en la imagen del dominico Domingo de Báñez y en el conocimiento de su obra científica.

García Cuadrado, trata de acercarse al maestro salmantino: lo sitúa en el ambiente de la escuela de Salamanca, estudia los datos de su personalidad: los que proporcionan otros y lo que rastrea en la propia obra de Báñez; y pasa después a analizar su aportación a la filosofía que ve como un renovado tomismo, en que recibe la impronta del Aquinate y su metodología de acercamiento a la verdad sirviéndose de las fuentes del conocimiento natural, y de lo sostenido por los que lo han precedido en el empeño. Con ese bagaje Báñez se adentra en el mundo de su tiempo, en el que hay una temática diversa a la que Tomás de Aquino contemplaba en el siglo XIII. Entre esos nuevos datos, el descubrimiento de América, con todo